

“No quitar a Dios a quienes se les ha quitado lo demás”.



No es fácil definir la imagen que los jóvenes tienen de Dios, pero ciertamente el Dios cristiano ha perdido la centralidad respecto de un *Dios mediático* que lleva a la divinización de las figuras del mundo del deporte, de la música, del cine. El joven siente la pasión por la libertad y no se detiene ante las puertas de las iglesias. Son tantos los jóvenes que piensan que la Iglesia es un obstáculo para su libertad personal. (Pascual Chaves. CG26)

I.- No tengo quien me acerque al agua.

Hace ya tiempo, leyendo el evangelio, hubo un pasaje que me dejó muy impresionado. Desde entonces vengo dándole muchas vueltas y haciéndome preguntas y más preguntas. Me refiero al relato del parálitico de Betesda: ... *“había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano?. Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo”*. (Jn, 5,7)

Posiblemente la interpretación y la reflexión que hago del texto puede resultar pobre y superficial desde el punto de vista exegético, pero no es mi intención hacer exégesis, sino comunicar cómo este relato evangélico me ha interpelado, hasta el punto de marcarme tanto en mi vida personal como pastoral. Quiero, así mismo, manifestar que la intención que me propongo con este artículo, no es un estudio de investigación sobre el tema, sino contar mi experiencia y sobre todo los sentimientos y vivencias en mi trabajo con estos chavales. Reconozco también que esta reflexión está muy determinada por la realidad pastoral en la que he trabajado a lo largo de mi vida de salesiano.

Volviendo a la reacción que me provocó la lectura del citado pasaje del evangelio, he podido comprobar cómo, también en las cosas de Dios, siempre hay otros que se les adelantan a los más necesitados. He percibido muy de cerca cómo, aunque para Dios los más necesitados no están en segundo lugar, sí lo están para muchos de los que trabajamos en su nombre, ya que en muchos chavales se sigue repitiendo lo del paralítico de Betesda, que viven años y años tirados en el suelo sin que nadie les eche una mano para levantarlos en su momento, y, cuando queremos hacerlo, ya hay otros que se adelantan e impiden que estos puedan llegar al agua que los sana. Sucede también que no sólo se les adelantan, sino que incluso hacen de obstáculos para que no se perciba el cómo han quedado desplazados, tirados en el suelo esperando una y otra vez. Y a los que trabajamos en pastoral, nos falta esa mirada de Jesús, más allá de nuestras preocupaciones, capaz de descubrir al que estaba tirado.

No quiero que suene a crítica fácil o a un juicio superficial a lo que hacen los demás. No es esa mi intención, solo quiero transmitir mi preocupación al constatar cómo a veces, en nuestra tarea pastoral, nos seguimos preocupando demasiado de que las noventa y nueve ovejas no se vayan del redil y no caemos en la cuenta que hay una que está perdida y a la que no se presta atención porque ya estamos demasiado ocupados con las otras noventa y nueve. Y mientras, éstas están atendidas, las extraviadas siguen estando solas y sin poder levantarse para llegar a tiempo cuando el ángel del Señor remueve el agua que sana, y perdidas en su soledad, no tienen a nadie que les pegue el empujón que necesitan para llegar a tiempo.

Esto es algo que me tiene preocupado desde hace tiempo y no siempre encuentro respuestas que me satisfagan. Es verdad que no todos los que están carentes de Dios, lo están porque no haya nadie que se lo muestre. Tengo que decir que he tenido la suerte de conocer a muchos que, como a mí, les preocupa el encontrar el cómo y el cuándo para darles esa mano que necesitan para levantarse y acercarse al agua. Es verdad, también, que hay muchos chavales que prefieren seguir tendidos en el suelo y no moverse a pesar de tener a alguien que está dispuesto a tenderles la mano. Los hay también que se mantienen ajenos y no les interesa ni les preocupa nada de lo que se les propone referente al tema religioso. Y esto no es extraño en una sociedad donde, no sólo en ellos, sino en una

gran parte de la sociedad, como dice D. Pascual Chávez, el Dios cristiano ha perdido la centralidad respecto de un Dios mediático que lleva a la divinización de las figuras del mundo del deporte, de la música, del cine.

Pero junto a éstos que no conocen o no quieren saber nada, me he encontrado con otros que sí sienten una cierta atracción por todo aquello que tiene que ver con el "más allá de la realidad" y que provoca una resonancia emotiva y suscita sentimientos capaces de hacerles creer en la existencia de un ser superior. Muchachos en los que, esa inquietud religiosa, a veces, queda velada por otras realidades más materiales y presententistas que están en el ambiente y que hacen de obstáculos para que puedan acercarse al agua de la sanación con lo que terminan permaneciendo solos y/o tirados en la comodidad de su situación personal. He podido comprobar también, cómo en muchos de ellos, el sentido de trascendencia, está carente de palabras, de reflexiones y de contenido intelectual que les dé consistencia y profundidad a aquello en lo que creen. Pero, al menos, tienen ese germen que si no se deja de regar, es posible que crezca.

En busca de respuestas

Llegado aquí, me vienen a la mente una serie de preguntas: ¿Por qué siempre tiene que haber quienes se les adelanten y tenga que haber quienes se queden siempre privados de ese actuar de Dios?. ¿Por qué no tienen a alguien a su lado que les ayude a llegar a tiempo cuando el ángel remueve las aguas?. ¿Por qué se tienen que ver privados de esa gran oportunidad de tirarse al agua?. Me ha preocupado y me sigue preocupando, que los más necesitados, además de carecer de tantas cosas, carezcan también de la posibilidad de acceder a ese Dios misericordioso que vino a liberar a los más oprimidos. Si ya, por las circunstancias particulares de cada uno, se han visto privado de tantas cosas, ¿por qué no impedir que se les prive también de su acceso a Dios?.

Pero voy a intentar responder a lo que desde la redacción me han pedido concretamente: ¿Cómo hablar de Dios en barrios "conflictivos" y con chicos/as que tienen varios dioses o ninguno o tienen diversos ídolos como: el tráfico o menudeo de droga, la "banda" y violencia, las movidas diversas?... Cómo poner en práctica aquello de: "No quitar a Dios a aquellos a quienes se les han quitado todo lo demás". Y quiero hacerlo

respondiendo a dos grandes preguntas: ¿De quienes estamos hablando?, ¿Cómo hacerles llegar la buena noticia de que el Dios nuestro, es también el Dios de ellos? .

2.- De quiénes estamos hablando.

Para responder a esta primera pregunta, no puedo menos que trasladarme a esos barrios tan queridos y a esos chavales tan particulares con los que he tenido la suerte de compartir gran parte de mi experiencia personal y profesional y sobre todo, mi preocupación e interés por ellos. Intento hacer un breve recorrido por los distintos grupos o tipologías de chavales que he ido encontrándome a lo largo de mi trabajo con ellos.

No es mi intención hacer un análisis o diagnóstico de los barrios por los que he pasado, ni hacer un estudio sociológico de los jóvenes. Sólo pretendo reflejar o describir los sentimientos que ha suscitado en mí la cercanía con ellos, ya que la vida de estos barrios y la cultura de su gente ha significado para mí un auténtico lugar donde Dios se manifiesta y nos ofrece su amor de un modo generoso y gratuito. Entre ellos he podido entender aquello de que los pobres son los predilectos de Dios. Pero es verdad, que también en estos ambientes, he podido contemplar la gran pobreza y total ignorancia del fenómeno religioso y cuando lo hay, se acerca más a lo mágico y supersticioso que a las verdades reveladas por Jesús en el evangelio, convirtiéndose, en muchos casos, en algo que se acerca más a factores opresores y alienantes que al mensaje salvador y libertador de Jesús.

2.1. Una inquietante ausencia de Dios.

Al hacer una descripción de los destinatarios, evitando caer en los tópicos, quiero recurrir a una descripción que hacía Don Bosco de los muchachos a los que dedicó su vida, ya que recoge bastante bien lo que mi experiencia junto a ellos me ha mostrado. El lo describía de la siguiente manera : *“viven la ausencia de Dios, el desconocimiento de las normas morales, la corrupción del corazón, el oscurecimiento mental; por causa de la incapacidad, imposibilidad o descuido de los adultos y, sobre todo, de los padres y de la familia, del influjo deletéreo de la sociedad, de la inmoralidad y de las malas compañías”*. ¡Con qué pocas palabras y de qué manera más precisa se describe al colectivo al que nos estamos refiriendo!. Se trata de

muchachos que por la incapacidad, imposibilidad o descuido de los adultos, viven la ausencia de Dios, dejándose llevar por otros dioses que satisfacen ese algo que buscan y que no logran encontrarlo porque nadie se ha parado a mostrárselo. Viven esta ausencia, como viven la ausencia de otros muchos valores por el hecho de vivir en un ambiente donde han sido expulsados del sistema, aunque no de la sociedad y junto a ellos, también Dios ha sido expulsado, sentando en su trono a otros dioses a los que se les rinde culto y se les presta sometimiento.

Me he encontrado con muchachos que al no tener esos valores donde agarrarse y carecer de modelos que les indiquen el camino y les sirvan de referentes, crecen con la ausencia de lo religioso pero, al mismo tiempo, con sed y hambre por lo espiritual, por lo trascendente, porque, en el fondo, están buscando un sentido a su existencia. Pero esa búsqueda está condicionada por un deseo grande de autonomía y de individualismo que los lleva a someterse a la esclavitud de dioses que han suplantado el trono de Dios, como son: el mundo de las adicciones, la violencia gratuita, el hedonismo...

Son chavales que han crecido bajo el influjo paliativo de unos barrios y de unos ambientes poco favorables para su crecimiento personal, quedándose sin alcanzar esa madurez que les facilite su integración social. Han tenido que sobreponerse para no sucumbir ante la presión de situaciones excluyentes y marginales que les ofrecen de todo, menos un Dios que desde la misericordia y desde la cercanía, sale a su encuentro para liberarlos y hacer de ellos personas que no tengan que depender de otros o de otras cosas que los ponen en situación de riesgo y de peligro y, lo que es peor, los hacen peligrosos para la convivencia con los demás.

Me duele ver cómo a estos menores se les ha privado, no sólo de Dios, sino de tantas cosas fundamentales para su crecimiento y desarrollo como personas; que han tenido que realizar su proceso de socialización en medio de un desencanto parental y social y, al mismo tiempo, han recibido una socialización blanda y permisiva que los han acostumbrado a conseguir todo lo que se proponen de un modo fácil, sin esfuerzo. Chavales que “viven felizmente”, que aparentemente no tienen problemas ya que tienen de todo, pero que viven al margen y excluidos, lo que hace que se sientan y sean diferentes.

2.2. Una dudosa libertad

Otra de las características que los definen es que aparentemente se sienten libres. Disponen de tiempo y espacios a su voluntad, pero cuando ahondas un poco dentro de ellos, descubres que están muy atados a la necesidad de divertirse, al confort, al rechazo de cualquier dolor, a las modas, a los amigos. Viven la calle como su gran espacio de libertad, pero no saben qué hacer, no tienen ningún objetivo que los estimule; sus aspiraciones son muy cortas... La calle es sobre todo el lugar sin el control del adulto y donde pueden vivir todo tipo de experiencias y sensaciones. Y todo esto hace que ellos se sientan libres y aparentemente felices. Conversando con ellos manifiestan que están satisfechos con la vida, pero te das cuenta que lo son a costa de ser dependientes de muchas cosas, que están atados a cosas materiales a las que dan mucho valor, ya que carecen de lo espiritual, por haberlo cultivado poco y porque, según ellos, eso pertenece a un mundo diferente al suyo. Y a ese mundo diferente pertenece también la Iglesia institución y todo lo referente a ella.

2.3. Ley del mínimo esfuerzo.

Junto a esa sensación de libertad, disponen de medios materiales y de última generación. No tienen problema a la hora de conseguirlos, los suyos se los proporcionan gracias a un dinero fácil que a menudo obtienen de manera ilícita. Esto provoca otra característica que dificulta el trabajo con ellos: no están acostumbrados al esfuerzo, al sacrificio, a ganarse las cosas a base de méritos. Esto dificulta mucho el aprendizaje de valores éticos y morales. Aunque en el círculo de amigos y personas cercanas son solidarios, en realidad son egoístas y tratan de satisfacer sus deseos y aspiraciones aquí y ahora, preocupándose poco lo que ocurra a su alrededor, sobre todo si no les afecta a los suyos. Como se puede deducir, con estos planteamientos resulta muy difícil hacerles entender el sentido de la gratuidad y de la trascendencia. Estos valores no les interesan ya que no se pueden conseguir fácilmente y de inmediato, no son tangibles.

Muchos de ellos, además, ven como sus mayores se sirven de las instituciones y de la misma iglesia, pero por su carácter pragmático, sólo cuando satisfacen sus necesidades inmediatas o las de los suyos. Aquí entra el uso discriminatorio que hacen de los servicios sacramentales y de

la caridad de la Iglesia. La Iglesia, para ellos es una institución que tiene la obligación de atenderlos, al margen de la nula vinculación que tengan con ésta. Incluso, se ven con derecho a la asistencia de la Iglesia católica, aunque su práctica religiosa la realicen en otra iglesia o creencia.

2.4. Falta de identidad.

Por último, haciendo referencia a los condicionantes que aparecen en la descripción de la que partía para responder a este punto, tenemos que referirnos a aquellos que viven con un *“desconocimiento de las normas morales, la corrupción del corazón, el oscurecimiento mental...”*. Son chavales que viven sin identidad propia. Presentan vidas fragmentadas, sin grandes convicciones. Y lo que es peor, tampoco les preocupa. Tratan de construir la propia identidad a través de la negación de lo que hacen otros, ya que no son como ellos. Tratan de ser liberales, permisivos con casi todo tipo de conducta, en especial con las conductas públicas que manifiestan otras personas que viven también en su barrio, pero su escasa o negativa identidad les hace considerarse diferentes y, por ello, no pueden asumir sus normas y formas de vida. Todo esto hace que se sientan alejados y desinteresados de lo referente a valores cívicos y por supuesto religiosos. Las cosas de Dios las consideran como algo que tienen que hacer otros y que no tiene nada que ver con ellos, Cuando hacen uso de lo religioso, lo hacen desde el punto de vista de lo mágico (“para que no les ocurra nada malo”), pero no como una referencia a Dios que tiene mucho que ver en la organización de su vida personal y social. Viven alejados de la Iglesia como institución, ya que para ellos, como he indicado anteriormente, sólo es válida cuando se pueden servir de ella.

2.5. También hay excepciones y matices

En honor a la verdad, hay que reconocer, que aunque el perfil descrito es el más corriente y frecuente en estos barrios, no es el único. En muchos de los chavales se puede percibir la sensibilidad y la necesidad que tienen del hecho religioso. Es verdad que al principio, debido al ambiente descrito, les resulta chocante y tratan de rechazarlo. Pero cuando se les muestra el rostro misericordioso de Dios, los chavales se dejan hacer. Se interesan y quieren saber cosas sobre Él. Tratan de descubrir algo diferente que les llene su vacío y que no encuentran en esos dioses y en esas otras cosas que les están perjudicando. Yo los he visto mirarme con

ojos desconcertados e incluso llorar cuando les he hablado de lo mucho que Dios los quiere y de lo importantes que ellos son para Dios. He podido comprobar cómo cuando se les ayuda y se les dedica tiempo, son capaces de descubrir a ese Dios que impregna todo, incluso su realidad tan marginal; he comprobado cómo se les puede sacar lo que hay de Dios en ellos. Y eso no es otra cosa que darle el empujoncito que necesitaban para llegar al agua sanadora.

Tengo, así mismo, que resaltar la influencia que tienen en los jóvenes de etnia gitana las enseñanzas de los pastores de la Iglesia Evangélica de Filadelfia. Cómo se dejan llevar por los consejos del pastor, aunque sea de modo extremista y con poco convencimiento personal y, en muchos casos, con mensajes impregnados de miedo y temor. Pero hay que reconocer que han sabido despertar el sentimiento religioso en ellos hasta el punto de expresar abiertamente lo que sienten y creen, sin avergonzarse y orgullosos de pertenecer a su iglesia.

Algo parecido ocurre con los menores marroquíes que aún siguen practicando su religión. Es fácil entablar con ellos una conversación centrada en lo religioso. Da gusto escucharles cuando te hablan de Dios y el testimonio tan valiente que dan cuando son capaces de hacer sus oraciones sin ocultarlo y sin avergonzarse de los demás. Lástima que, conforme se van adaptando a las costumbres del lugar, van perdiendo esta sensibilidad por lo religioso. El ambiente se traga lo que otros pusieron dentro de ellos si no encuentran a alguien les ayude a alimentarlo.

3. ¿Cómo hacerles llegar la buena noticia de que el Dios nuestro, es también el Dios de ellos?.

Partiendo de la descripción hecha de los destinatarios de este artículo, no me resulta fácil responder a esta pregunta. Pero al escribir esto me ha venido a la memoria un texto del Papa Francisco en su exhortación apostólica: *“La belleza del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha”* (E.G. 195). El no olvidar a estos últimos debe ser el primer criterio a tener en cuenta a la hora de plantear la pregunta de cómo hablarles de Dios, o lo que es lo

mismo cómo evangelizarlos. Los condicionantes culturales y sociales que hemos visto, hacen que esta tarea sea difícil, pero al mismo tiempo son importantes como punto de partida, ya que representan el espacio donde las personas nacen, crecen, se desarrollan, aprenden a relacionarse, a afrontar la vida... No podemos olvidar, que la vida y la cultura son lugares donde Dios se manifiesta y se hace don gratuito de amor y compasión. Es desde su propia cultura donde Dios se encarna y desde donde Dios apuesta por la vida de cada hombre en particular, no tolerando que nadie ni nada negocie en beneficio propio con el sentir y el vivir de los demás. Es necesario impregnar esa cultura de los valores del evangelio y, al mismo tiempo, dejar que el evangelio se traduzca en dicha cultura.

3.1. Una evangelización encarnada

En el ambiente salesiano se habla mucho de “Evangelizar educando y educar evangelizando”. Existe una profunda relación entre acción educativa y acción evangelizadora, porque se fundamenta en una experiencia de fe: la vida y la cultura son lugares donde Dios se manifiesta y nos ofrece gratuitamente su amor. Y desde esta premisa, en nuestra concepción de la persona ocupa un lugar destacado la dimensión o el sentido trascendente de la vida. Por ello, creo que mi trabajo como educador ha sido especialmente, al menos así me lo he propuesto, un trabajo de evangelización. Educamos y evangelizamos siguiendo un proyecto de promoción integral del hombre, orientado a Cristo, hombre perfecto. Y esto se debe hacer mediante itinerarios sencillos, muy ligados a la vida cotidiana y según el método de los pequeños pasos. Además en esta tarea, es muy importante nuestro testimonio personal y la creación de un ambiente de acogida y familia, y desde aquí trabajar por la defensa y promoción de la dignidad personal y sus valores, tratando que todo ello se convierta en anuncio y primera realización de la salvación de Cristo y en oferta de liberación y plenitud de vida. Esto es algo de lo que cada vez estoy más convencido, ya que nuestra dedicación a ellos no puede quedarse en un mero entretenimiento, para eso ya cuentan con mejores medios que los nuestros. Ellos esperan algo distinto. Esperan una buena noticia que les haga salir de ese mundo en el que están anclados, necesitan la mejor de las noticias: Cristo el Señor que viene a traer la salvación a todos los hombres y de todo el hombre, y en especial a los que más necesidad tienen de ella. Por eso mi experiencia con ellos me lleva al

convencimiento de que toda acción evangelizadora requiere una promoción integral de la persona.

3.2. ¿Qué imagen de Dios?

Pero en esta tarea nos topamos también con un condicionante que no es sólo para estos chavales, sino que es algo más general, como se apunta en la cita del principio: “...no es fácil definir la imagen que los jóvenes tienen de Dios, pero ciertamente el Dios cristiano ha perdido la centralidad respecto de un Dios mediático que lleva a la divinización de las figuras del mundo del deporte, de la música, del cine”; y que el Papa lo define como un nuevo paganismo individual.

Es muy necesario devolverle la centralidad al Dios de Jesús que trae un mensaje liberador que no lo tienen esos dioses de la sociedad a los que nos hemos referido. Hay que ayudarles a liberarse de esos dioses que esclavizan y anulan a la persona y la utiliza para obtener unos beneficios tan altos que pueden poner en juego hasta la propia vida. Hay que ayudarles a descubrir a ese Dios que está dentro de ellos, ese Dios que impregna su realidad personal y social; hay que sacar de ellos lo que hay de Dios. He podido comprobar la necesidad que tienen de descubrir y acercarse a ese Jesús, amigo incondicional, que nos habla de la misericordia y la ternura de Dios que nos ama hasta el extremo de entregar a su propio hijo, que gasta su vida librando, salvando, dando vida a los oprimidos por cualquier dolor; de ese Dios que tiene en su corazón un lugar especial para ellos. Tenemos que mostrarles al Jesús que conoció la alegría, la amistad, y que entendía del dolor de los hombres porque él lo sufrió en su propio cuerpo. Mostrarle a ese Jesús, buen pastor, capaz de dejar las noventa y nueve para salir a buscar aquella que está perdida; que es capaz de ver al paralítico que llevaba tanto tiempo esperando la mano que lo llevase al estanque. Decirles que Dios es como aquel Padre que se asoma cada día a la puerta esperando que vuelva el hijo que se fue porque no quería saber nada más de él.

3.3. El Dios del perdón para los condenados.

Cuando se les habla en este lenguaje, los chavales lo entienden y abren sus ojos y su corazón al Dios que había perdido su centralidad y los otros dioses empiezan a perder protagonismo e interés. Esta experiencia la he

podido comprobar con más fuerza en mi dialogo con jóvenes con medidas judiciales y encarcelados. En la cárcel me he encontrado con jóvenes que en la calle no querían saber nada ni de Dios ni de nada que hiciera referencia a El y, según me confesaba uno de ellos, en la prisión se ha dado cuenta de que al final en el único que podía confiar era en Jesús, que sabe que lo ama y perdona y que solo le pide a cambio que no peque más.

Tengo que confesar que no me he sentido más realizado celebrando el sacramento de la reconciliación que con estos menores con medidas judiciales o con los presos. En ellos he encontrado auténticos penitentes a los que sólo les queda la confianza de que Dios los perdone, porque difícilmente los humanos van a perdonar sus delitos. Me he encontrado con jóvenes adultos cuyo encuentro con Cristo ha sido tan fuerte que se sienten con una paz y una serenidad tan grande, que los días de condenas se les hacen más llevaderos, porque se sienten acompañados y apoyados por la fuerza del amor misericordioso de Dios. Cuando estás frente a ellos y, en secreto de confesión, te expresan lo que ha significado su encuentro con ese Dios todo bondad y ves como reconociendo sus graves delitos, confían en el perdón de Dios. Sientes cómo desde el arrepentimiento descubren la bondad inmensa de Dios y cuando les hablas de que para Dios no hay antecedentes y que todo empieza de nuevo, vas viendo como se les humedece los ojos hasta que empiezan a llorar... Es ahí cuando descubro que el Dios que dejaron de lado durante más o menos tiempo, empieza a recobrar su centralidad y lo ponen de nuevo en su trono.

3.4. Un lenguaje y actitud pastorales vivenciales y cercanos.

Pero este anuncio, hay que hacerlo desde una cercanía real y cordial, acompañando de un modo adecuado sus procesos evolutivos y de liberación. No se trata de hablar un lenguaje místico, que ellos no entienden, sino un lenguaje testimonial y que sea traducido a las realidades concretas en las que viven. Que lo espiritual no tenga que convertirse sin más en dogma, sino que sea sobre todo vivencial. Es inteligible, por lo tanto rechazado, cuando el lenguaje suena a demagogia o se hace desde una postura del que todo lo sabe y, porque lo sabe todo, puede dogmatizar y juzgar. Ese lenguaje recriminatorio y autoritario no lo quieren porque es el lenguaje que han escuchado desde siempre, y lo que necesitan es oír el lenguaje de la comprensión, de la cercanía, del perdón,

es decir, el lenguaje del Dios de Jesús, que no mandó a su Hijo a condenar, sino a salvar.

Estando con ellos compruebas cómo buscan en ti al padre y/o al educador, que les des el protagonismo que les pertenece y que los valore, comprenda y ayude a descubrir sus energías. Eso buscan y rechazan a quienes tratan hacer de ellos marionetas que se manejan o gentes asustadas que sólo responden ante el temor de ser castigados o condenados. Necesitan adultos con autoridad (no autoritarios) que se ponen a su lado para acompañarlos y corregirlos cuando se están desviando; que los orienten y controlen con firmeza, dándoles la seguridad y la estabilidad que les falta. Pero al mismo tiempo que esa autoridad, demandan cercanía y confianza, trato personal. Alguien cercano, que comparta alegrías y preocupaciones y no se quede en el pedestal de superior. Educadores que les hablen desde el corazón para que sean ellos los que descubran lo que buscan. En este aspecto son clarificadoras las palabras del papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: “*Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a presentarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos*” (198). Saber escuchar en ellos lo mucho que Dios tiene que decirnos también a nosotros y desde esa escucha, mostrarles la necesidad de Dios y no privarlos de su amistad, de su bendición, de su palabra y, cómo no, de los sacramentos que le dan la gracia y la fortaleza que necesitan.

Evangelizar es también ejercitarse en el arte de amar, poner en práctica la caridad pastoral que trata de humanizar lo que hacemos ya que seremos plenamente humanos cuando seamos capaces, como dice el papa Francisco, “*de dejar a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero*” (GE. 198), cuando nuestro amor hacia ellos esté tan manifiesto que sean capaces de percibirlo. Un amor capaz de provocar en los chavales la necesidad de amar y de ser amados, de querer y dejarse querer, porque, como decía D. Bosco: “*Si no hay relación de afecto, demostrado y percibido por el muchacho hasta provocar su correspondencia, o en último término, el deseo de amar a quien le ama, no se da con la clave de la educación, porque no se posee la llave del corazón del joven*”. Y si hay educación, hay evangelización.

4. Mi convicción

Quiero terminar expresando una convicción personal. Me siento un privilegiado, por tener la suerte de trabajar con estos chavales tan necesitados. Con ellos siento la fuerza y la urgencia de la evangelización. Ellos han hecho que crea de verdad aquello que decía Jesús: “los primeros serán los últimos y los últimos los primeros”.

Con ellos, siento lo necesitados que están, hasta el punto de venirse abajo cuando les falta ese punto de sujeción que somos los que estamos junto a ellos. Hay que darlo todo para saciar el hambre que tienen de todo y lo deseosos que están de que tú se lo des, aunque a veces con su actitud, te demuestren lo contrario. En muchas ocasiones, estando con ellos, he recordado aquella famosa expresión de Don Bosco: “*Sois unos ladrones, me habéis robado el corazón*”. Y es que cuando tú te das, ellos te buscan esperando esa sonrisa de complicidad que hace que se ponga en juego la pedagogía del corazón, esa pedagogía del amor llevado a la ternura hacia aquellos que sólo han recibido desprecios y rechazos. Un amor que les lleva al convencimiento de saber que, aunque para muchos son molestos, para Dios son los primeros. Y todo porque el educador es, ante todo, signo clarividente del amor compasivo de Dios.

Así podrán acercarse al “agua sanadora” del estanque muchos a los que se les negó este privilegio durante años...

José González Rodríguez

Publicado en MISION JOVEN . Año LIV – N° 449 – junio 2014